



La Misa Crismal

Cada año la Misa Crismal expresa bellamente el regalo del sacerdocio de Cristo a su Iglesia. El Obispo, como sumo sacerdote, se reúne con sus sacerdotes en la Catedral para renovar sus promesas sacerdotales y para bendecir los Santos Óleos que van a utilizar para conferir los sacramentos después de la Pascua.

El Papa celebra la Misa Crismal en Roma en la mañana del Jueves Santo, el día en que fue instituido el sacerdocio en la Última Cena. Aquí tenemos la Misa Crismal una semana antes (26 de Marzo este año) porque la mayoría de los sacerdotes están demasiado ocupados durante la Semana Santa para hacer el largo viaje a la Catedral en Baker City.

Después de la homilía, el Obispo le pide a los sacerdotes si ellos están “decididos a renovar” las promesas que hicieron en el día de su ordenación, cuando se comprometieron públicamente:

- a ser fieles a los sagrados deberes del sacerdocio,
- a ser “fieles administradores de los misterios de Dios” y
- a “desempeñar fielmente el sagrado oficio de enseñar.”

Siempre es conmovedor escuchar a los sacerdotes responder en una sola voz: “*¡ Si, estoy dispuesto !*”

Los Santos Óleos nos recuerdan del significado crucial de la unción en la vida de la Iglesia fundada por Cristo, cuyo nombre en Griego significa, “El Ungido.” Desde el

comienzo la Iglesia reconoció que la práctica en el Antiguo Testamento de ungir a los sacerdotes, profetas, y reyes con aceite consagrante prefiguró Al Cristo que había de venir.

Sobre el Óleo de los Catecúmenos el Obispo reza, “Señor Dios, protector de todos los que creen en ti, . . . trae [a todos los que son ungidos con este Óleo en preparación para su Bautismo] a un entendimiento más profundo del Evangelio [y] ayúdalos a aceptar el desafío de la vida Cristiana.” Los catecúmenos ungidos reciben el poder de lo alto para enfrentar el desafío de Satanás y renunciar al pecado tanto antes como después de que son renacidos y lavados. (En el mundo antiguo los luchadores a menudo eran ungidos con aceite de oliva para poder salirse de las garras de su rival.)

Al bendecir el Óleo de los Enfermos, el obispo reza al “Dios de todo consuelo” que “envíe el poder de su Espíritu Santo, el Consolador, en este. . . unguento calmante” para que lleve la curación de cuerpo, alma y espíritu a los que sufren enfermedades graves. Con la unción de los enfermos viene el perdón del pecado y la gracia de soportar la aflicción con la paciencia de Cristo.

El Santo Crisma es una señal de que los Cristianos – muriendo, sepultados y resucitados con Cristo en el bautismo– participan de su Realeza y sacerdocio profético y lo comparten en la Confirmación, como Él lo hizo en el Río Jordán, en la unción del Espíritu Santo.

Para consagrar el Santo Crisma el Obispo primero derrama perfume en el aceite y lo mezcla completamente. Luego sopla sobre la vasija como el Aliento de Dios, el Espíritu Santo, se posó sobre los Apóstoles la noche de la Resurrección.

“Y entonces, Padre,” reza el Obispo, “haz de este Crisma un signo de vida y de salvación para aquellos que son . . . ungidos [para ser] templos de tu gloria, radiantes con la bondad de la vida que tiene su origen en ti. . . . Permite que el esplendor de la santidad brille en el mundo desde cada lugar y cosa sellado con este aceite”

Al terminar la Misa, lo que perdura es la bella fragancia del Crisma recién bendecido. Cuando las mujeres vinieron a la tumba en la mañana de la Pascua para ungir el cuerpo de Jesús con ungüentos preciosos, no detectaron ningún olor de corrupción. Él había resucitado. El dulce olor de la Resurrección se pasó a los sacramentos de la Iglesia, para que los Cristianos puedan llenar el mundo con la fragancia de la vida indestructible.